

algar

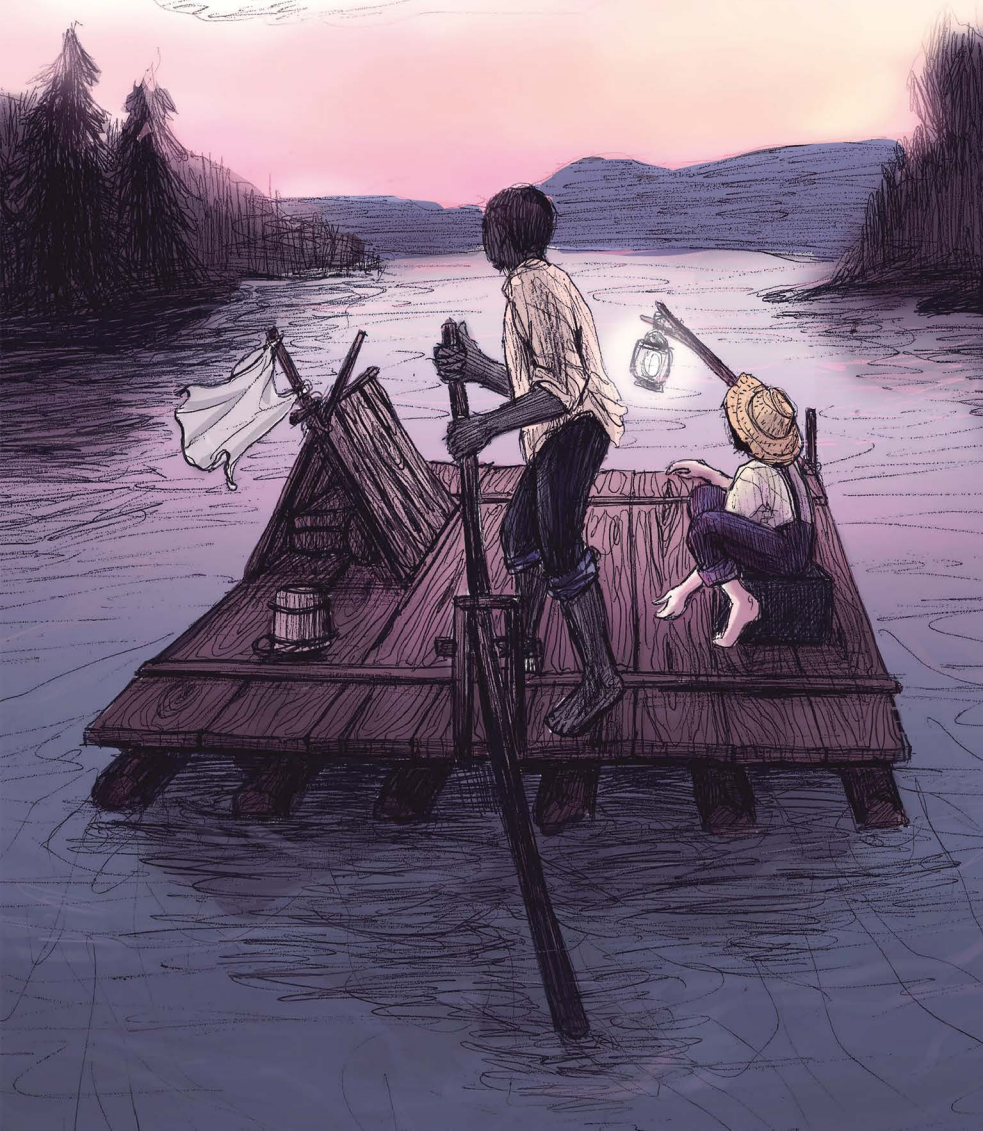
COLECCIÓN
CALCETÍN

Las aventuras de Huckleberry Finn

Mark Twain

Versión de
Jesús Cortés

Dibujos de
Elisa Ancori





1

No sabréis quién soy si no habéis leído un libro que se titula *Las aventuras de Tom Sawyer*. Lo escribió Mark Twain y, en general, todo lo que se cuenta en él es cierto, aunque hay algunas exageraciones. Pero da igual. No conozco a nadie que no haya mentido nunca, con excepción de tía Polly —que es la tía de Tom— o de la viuda Douglas.

Bueno, será mejor que vaya al grano y me presente: me llamo Huck Finn, y era el hijo de uno de los borrachines del pueblo. Nuestro pueblo era San Petersburgo. Está a orillas del Misisipi. En San Petersburgo las madres de otros niños me miraban con desprecio porque decían que era un gandul, un desobediente y un pendenciero. Sus hijos tenían órdenes estrictas de no jugar conmigo. Por eso tenía

pocos amigos. A veces jugaba con Tom Sawyer y su banda porque eran tan rebeldes como yo. Tom y su banda nunca me daban la espalda, pero sabía que en el fondo me envidiaban, ya que, por mi condición de huérfano, siempre podía hacer lo que me venía en gana. Si hacía buen tiempo, podía dormir en cualquier parte. Si llovía, lo hacía en toneles vacíos. No tenía que poner los pies en la escuela o la iglesia, y podía ir a nadar o a pescar siempre que me apetecía. Era el primero en ir descalzo en primavera, y el último en ponerse zapatos en otoño. No necesitaba nada más, con excepción de la ropa que birlaba aquí y allá cuando la que llevaba puesta ya estaba muy gastada. Yo vivía así y me daba por satisfecho. Sin embargo, todo comenzó a cambiar cuando un montón de dinero caído del cielo amenazó con destrozarme la vida como no os podéis ni imaginar.

Os lo explicaré.

Al final del libro que he mencionado al principio se cuenta cómo mi amigo Tom y yo descubrimos un tesoro escondido de monedas de oro que se hallaba en manos de unos ladrones. El tesoro nos hizo ricos de la noche a la mañana. Estaba valorado en doce mil dólares que acabaron repartidos entre Tom y yo a partes iguales. Seis mil dólares para cada uno. De los seis mil dólares de Tom se hizo cargo el juez Thatcher a petición de tía Polly. Pero yo no sabía qué hacer con tanto dinero y, como solo tenía trece

o catorce años, fue también el juez Thatcher quien se encargó de administrarlo. Lo cierto es que yo no lo quería. Tanto dinero solo podía traerme problemas. Además, sabía que si mi padre volvía al pueblo me colgaría de lo alto de un árbol si no se lo daba. Así que un día fui a ver al juez Thatcher y le dije:

–No quiero el dinero que me tiene guardado. Quiero que se lo quede usted.

El juez, sorprendido, no supo qué decir.

–¿Y eso por qué, si puede saberse? –me preguntó.

–Usted quédeselo, por favor. Yo no lo quiero.

Pensativo y mientras se acariciaba la barbilla, el juez debió de creer que me había vuelto loco.

–La propiedad del dinero figura en un documento que tengo a buen recaudo –dijo poco después–. Y el documento lleva tu nombre, Huck.

–Pues cámbielo –le dije.

–No puedo hacer eso. Es ilegal.

–Entonces haga otra cosa, pero quédeselo.

El juez lo meditó de nuevo, y finalmente dijo:

–Haremos lo siguiente: te compraré el documento, pero seguiré dándote los intereses de los seis mil dólares. ¡En medio año ya se han acumulado ciento cincuenta!

–Tampoco los quiero.

–¿Cómo?

La cara del juez me decía que seguía sin entender nada. Entonces se puso a escribir en un papel que

después me leyó en voz alta. El papel decía que yo le vendía mi documento por un dólar.

—Si estás de acuerdo, fírmalo —me dijo.

Lo hice. Y al hacerlo sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima, un peso de seis mil dólares.

Cuando todo aquello ocurrió, mi padre, que nunca había querido saber nada de mí, llevaba meses sin aparecer por el pueblo. Por eso al principio ni siquiera supo nada del dinero que Tom y yo habíamos conseguido. Claro que me importaba muy poco lo que pudiera saber o lo que le pudiese pasar a mi padre. Tenerlo cerca era verlo borracho o exponerme a recibir palizas por cualquier tontería. Para mí era mejor tenerlo lo más lejos posible y solo esperaba que eso no cambiara nunca.

Otras cosas, en cambio, sí que cambiaron. Por todo aquello que pasó con el tesoro y los ladrones, acabé salvándole la vida a la viuda Douglas. Como consecuencia, la viuda se encariñó conmigo y se decidió a sacarme de las calles y a adoptarme como si fuera hijo suyo. Estaba convencida de que podía «civilizarme» y convertirme en un buen «cristiano». Pero, caramba, vivir en casa de la viuda Douglas, con tantas normas y costumbres, era muy duro. Tenía que rezar, tenía que ir a la escuela, y también tenía que llevar zapatos, calcetines y camisas abotonadas hasta el cuello. Además, la hermana de la viuda Douglas, la señorita Watson,

que era soltera, con gafas y seca como un palo, no hacía más que fastidiarme con un libro de gramática. O con el libro o con sus continuas reprimendas.

—¡Quita los pies de la mesa, Huckleberry! —me decía.

—¡Huckleberry, siéntate en la silla como Dios manda!

—¡No bosteces así, Huckleberry!

Ni la viuda ni su hermana me dejaban en paz. Y si le pedía permiso a la viuda para fumarme una pipa, me lo negaba y me decía que eso de fumar era un vicio de gente baja que debía abandonar porque no era nada recomendable. Pero la viuda, en cambio, tomaba rapé. Claro que eso estaba bien porque lo hacía ella.¹

En fin que, sinceramente, prefería vivir en el infierno. No podía soportarlo. Lo único que me mantenía con vida era marcharme con Tom, y con Joe Harper, y Ben Rogers y todos los demás ladrones que Tom había reunido en una banda. El que quería entrar tenía que prestar juramento y escribir su nombre con sangre. A mí no me importaba en absoluto tener que escribir mi nombre con sangre. Vivir con la viuda Douglas era mucho más doloroso. Sacarme sangre de un dedo para formar parte de una banda y poder jugar al aire libre con unos cuantos amigos

1. El autor no pierde la oportunidad de poner de manifiesto la doble moral de la época.

era un precio muy bajo a cambio de un poco de diversión. Porque con Tom y sus aventuras novelescas difícilmente te podías aburrir.

—Si alguien de la banda revela nuestros secretos —decía Tom—, le cortaremos el cuello, quemaremos su cadáver, y ya no pronunciaremos su nombre nunca más. Eso es lo que dicen los libros de piratas y ladrones que debe hacerse.

—¿Y a qué nos dedicaremos? —le preguntaban.

—A robos y asesinatos —contestaba—. Pero nada de robar ganado o cosas así. Somos bandidos, salteadores de caminos. Asaltaremos diligencias y carruajes, mataremos a sus ocupantes y se lo robaremos todo.

—¿Y tenemos que matarlos?

—¡Por todos los diablos, Ben, eso es lo que hacen en los libros! ¿No crees que los que escriben los libros saben qué es lo que hay que hacer? ¿O te crees que sabes más que ellos?

—Supongo que no —contestaba Ben Rogers.

—Pues eso. Mataremos a sus ocupantes. Pero a las mujeres, no. En los libros nunca matan a las mujeres. A las mujeres te las llevas a tu guarida, las tratas con el mayor de los respetos, y acaban enamorándose de ti y ya no se quieren ir.

La verdad es que Tom había leído un montón de libros. Era como si los llevara todos metidos en la cabeza. Cuando nos reuníamos para jugar éramos peor que un enjambre de abejas. Tom siempre decía

que teníamos que limpiar las espadas y las armas de fuego antes de entrar en acción. No podíamos asaltar ni un carro de nabos si no lo hacíamos. Así que limpiábamos las armas, que no eran más que unas maderas y unos palos de escoba. Después nos poníamos máscaras y jugábamos a bandidos. Asaltábamos diligencias, carruajes o a mercaderes españoles o árabes que acampaban con elefantes y camellos. Tom siempre lo tenía todo muy bien pensado.

—¡Los mercaderes árabes solo tienen una guardia de cuatrocientos soldados! —exclamaba—. Me lo han dicho mis espías. Les prepararemos una emboscada, los mataremos a todos y les robaremos los relojes, el dinero y un botín de diamantes.

Cuando entrábamos en acción, los mercaderes no eran otros que los párvulos de la escuela dominical, y el botín de diamantes, sus bocadillos, buñuelos y mermeladas, o alguna muñeca o algún himnario. Yo nunca veía nada de lo que Tom hacía que viera el resto de la banda. Ni espadas, ni espías, ni camellos, ni árabes, ni diamantes ni nada de nada. Era evidente que yo no sabía jugar como ellos.

—¡Pero si hay un montón de diamantes! —me decía Tom—. Y árabes, y elefantes y todo lo que quieras.

—¿Y por qué no lo veo? —le decía yo.

—Porque eres un ignorante —me contestaba—. Si hubieras leído un libro que se titula *El Quijote* lo entenderías.

Sin duda, mi amigo Tom tenía mucha imaginación. Juntos siempre lo pasábamos bien, aunque solo fuera pescando en el río. El único inconveniente era que al volver a casa con la ropa sucia o rota siempre nos daban con la zapatilla o nos perseguían con una escoba. Pero valía la pena. Tom y yo nunca nos aburríamos. Y si estábamos de brazos cruzados siempre acabábamos haciéndole alguna broma a uno de los criados de la señorita Watson, un negro corpulento que se llamaba Jim. El negro Jim² a veces nos hablaba de su esposa y de sus hijos, que vivían en otra granja cercana a la de la señorita Watson.³ Pero a menudo también nos contaba historias sorprendentes. A nosotros nos divertían mucho, sobre todo cuando hablaba de brujas y maleficios. Era muy supersticioso. Por eso llevaba una moneda de cinco centavos colgada al cuello con un cordel, y decía que era un amuleto que le había dado el mismísimo demonio.

2. Actualmente, la palabra *negro* (*nigger*, en el texto de Twain) con la que se hace referencia a los afroamericanos es considerada políticamente incorrecta, dada su carga semántica despectiva. Sin embargo, en los tiempos de la esclavitud que vivió el autor era utilizada de manera habitual en la zona geográfica de los Estados Unidos en la que se desarrolla la obra, Illinois, Misuri y Arkansas.

3. La separación de familias fue una de las consecuencias de la esclavitud.



—El demonio me dijo que el amuleto puede curarlo todo, y que puedo llamar a las brujas siempre que quiera —repetía completamente convencido.

Lo que Jim nunca sabía explicar era qué tenía que hacer o decir para llamar a las brujas.

Así, asaltando carruajes, quitándole la gorra al negro Jim mientras dormía recostado sobre un árbol, o aprendiendo la tabla de multiplicar en la escuela, pasaron los meses y llegó el invierno. Hacía más de un año que no había visto a mi padre. Eso estaba bien. No me entusiasmaba nada la idea de encontrármelo. Como ya he dicho, acostumbraba a darme palizas por cualquier motivo. Recuerdo que cuando vivía con él siempre intentaba largarme al bosque. Claro que no siempre lo conseguía. Por eso deseaba que no volviera nunca. Pero Dios no escuchó mis ruegos porque una noche, cuando subí a mi habitación y encendí la vela, allí me lo encontré, sentado junto a la ventana abierta, como el fantasma de mis pesadillas. Y lo primero que hice fue preguntarme por qué demonios había vuelto.